Desde
8
años

PLANETA AZUL

LA PALOMA PALOMETA

ISABEL CAMPOS ADRADOS

ILUSTRACIONES DE REBECA LUCIANI

Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones: Rebeca Luciani
Iustración de cubierta: Rebeca Luciani

© 2012, Isabel Campos Adrados
© 2012, Rebeca Luciani

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3071-3
ISBN 10: 958-42-3071-9

Primera impresión: junio de 2012

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo
del editor.

Muestra sin valor comercial

ISABEL CAMPOS ADRADOS (biografía)

Nació en Madrid y emigró con su familia a Brasil siendo todavía una niña. En Río de Janeiro ejerció como médico psiquiatra hasta su regreso a España. Desde entonces compagina la traducción con la escritura, y ha recibido varios premios de relatos breves. Su primer cuento infantil, ***El bosque de las ardillas***, fue galardonado con el premio del Certamen del Libro Infantil «Ciudad de Morón» en 1996. En la actualidad reside en Barcelona, donde publicó en 2001 ***Las trece madejas de lana*** y en 2004 ***La niña de arena***.

REBECA LUCIANI (biografía)

Nació en 1976 en la ciudad de La Plata, Argentina. De 1990 a 1999 estudió dibujo y pintura en Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Desde 1996 trabaja como ilustradora de libros y revistas infantiles. Desde 2000 reside en Barcelona, y desde allí colabora con distintas editoriales españolas.

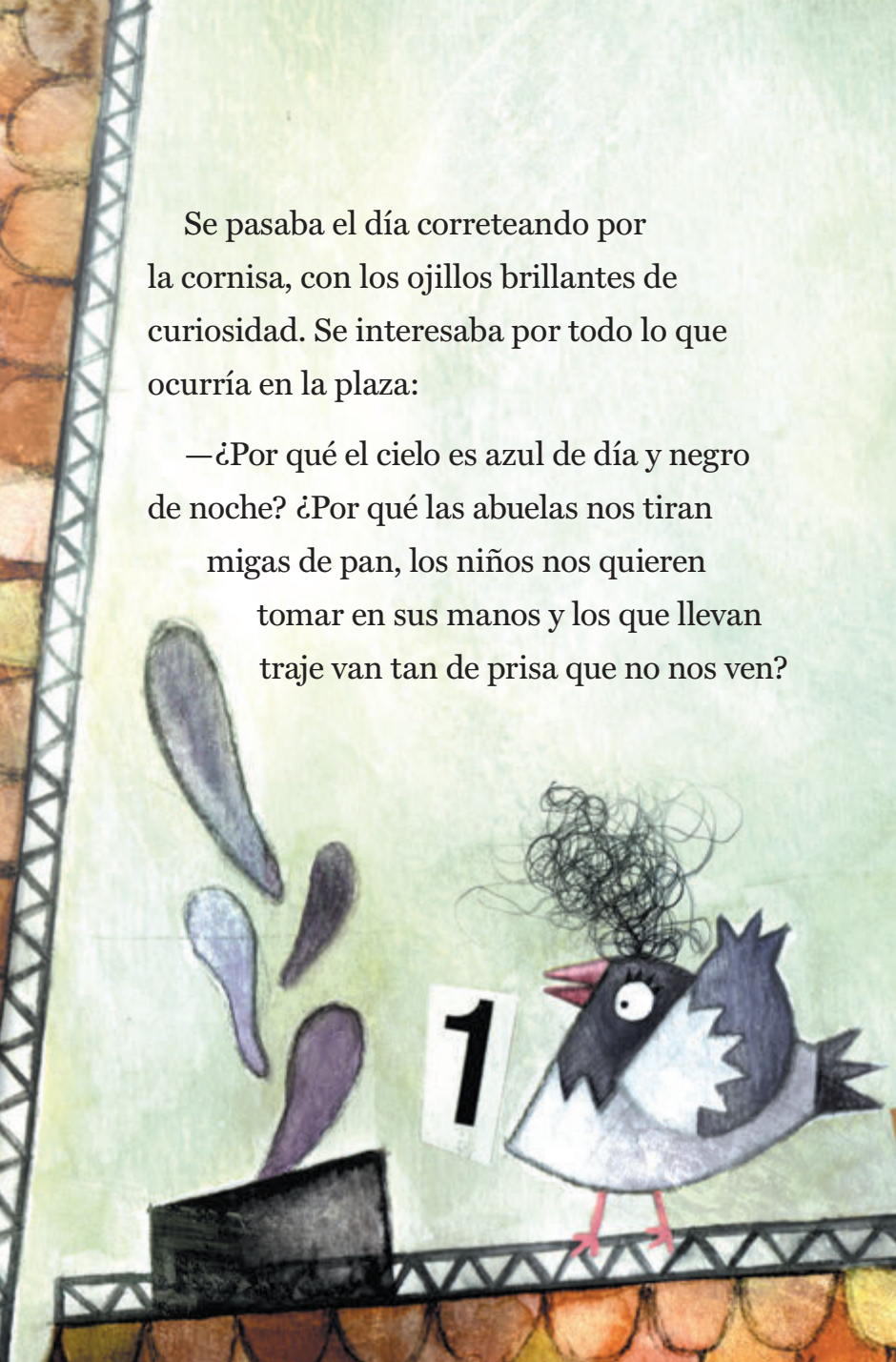
La paloma Palometa vivía en un palomar en la plaza Mayor, justo sobre la cornisa del ayuntamiento. A primera vista, era una paloma como las demás, o sea, que era una paloma rolliza, de plumas blancas y grises, ojos redondos y patitas de color rosa.

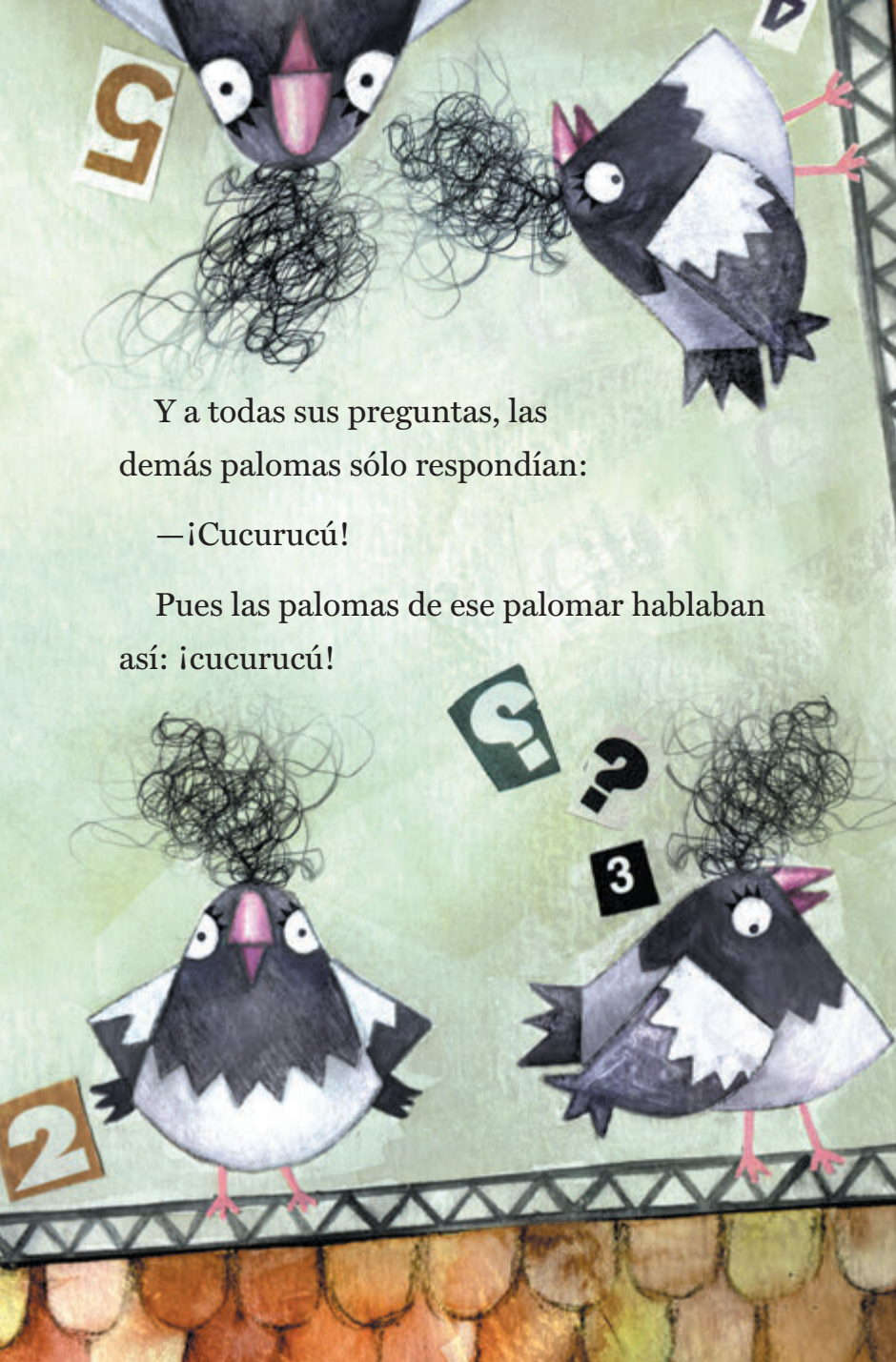
Pero si uno se fijaba mejor, notaba que la paloma Palometa tenía algo distinto. Las plumas se le enredaban en la coronilla, y siempre parecía despeinada. Además, era una paloma muy saltarina.

AYUNTA

Se pasaba el día correteando por la cornisa, con los ojillos brillantes de curiosidad. Se interesaba por todo lo que ocurría en la plaza:

—¿Por qué el cielo es azul de día y negro de noche? ¿Por qué las abuelas nos tiran migas de pan, los niños nos quieren tomar en sus manos y los que llevan traje van tan de prisa que no nos ven?





Y a todas sus preguntas, las demás palomas sólo respondían:

—¡Cucurucú!

Pues las palomas de ese palomar hablaban así: ¡cucurucú!

Un día, la paloma Palometa puso un huevo. Era un huevo grande y hermoso, y la paloma Palometa se quedó muy contenta:

—¡Cucurucú!

Pero como estaba muy, muy contenta, cantar cucurucú le pareció poco. Y entonces cantó a pleno pulmón:

—¡Cucurucá! ¡Cacaracá!

¡CACARACÁ! ¡CACARACÁ!

—¿Cucurucú? —se extrañaron las demás palomas—. ¿Cómo, cómo?

—Nosotras aquí sólo decimos cucurucú —le reprochó doña Palomina.

Era una paloma regordeta que había puesto ya muchos huevos, y estaba escandalizada.

—Cucurucú —asintieron las otras.

—Es que estoy muy contenta —explicó la paloma Palometa, tomando a su huevo en brazos—. Hoy me apetece cantar así:

¡CACARACÁ!

¡CACARACÁ!

—Pero, ¿qué es lo que oigo? —exclamó don Palomón.

Era un palomo viejo, que nada más oír aquello bajó del tejadillo del ayuntamiento a todo volar.

Estaba muy enfadado.

—Éste es un palomar respetable. En este palomar hay que cantar así: ¡cucurucú!

—¿Y por qué no puedo decir cacarac...?

—¡CUCURUCÚ, que lo digo yo! —chilló don Palomón—. ¡CUCURUCÚ, CUCURUCÚ y punto!

—CUCURUCÚ —corearon todas las palomas, con aprobación.